

PERIODO COLONIAL

ANDRÉS GARCÍA, Manuel, *De peruanos e indios: la figura del indígena en la intelectualidad y política criollas (Perú: siglos XVIII-XIX)*, Huelva, Universidad Internacional de Andalucía, 2007, 382 pp.

En el Epílogo de este libro, Manuel Andrés García expresa la idea generalizada en la historiografía de que el racismo hacia el indio puede considerarse como un resorte fundamental de dominación en las repúblicas oligárquicas. Afirma el autor que las ventajas del racismo para la legitimación de la exclusión por parte de las elites son indiscutibles, puesto que dan argumentos a dicha exclusión basados en la supuesta inferioridad racial del indígena, lo que lleva consigo la justificación de desigualdades sociales, políticas y económicas, así como su asunción como «orden natural de las cosas». No obstante, la intención de Andrés García con esta obra es ir más allá de las ideas mencionadas. En la Introducción a *De peruanos e indios: la figura del indígena en la intelectualidad y política criollas (Perú: siglos XVIII-XIX)*, se hace referencia a algunos términos fundamentales en el tema del que el libro se ocupa. Concretamente alude el autor al concepto de «pueblo» en el siglo XIX latinoamericano, dentro del cual se incluye a las poblaciones indígenas, sumamente relacionadas con los términos «raza» y «mestizaje». A lo largo de los capítulos se hará un recorrido por estas cuestiones en el Perú de los siglos XVIII y XIX.

Arranca este estudio del siglo XVIII, debido, en palabras de Andrés, a que de dicho siglo proceden dos ideas sobre el indio que serán decisivas en la mentalidad criolla peruana del futuro: por un lado, el miedo a que la población indígena trate de eliminar a la población blanca a través de una guerra, lo que da lugar a un temor generalizado hacia el indio; y, por otro, la inferioridad del indio, basada en el relevante debate ilustrado europeo sobre la inferioridad del continente americano y consecuentemente de sus poblaciones originarias, así como en criterios supuestamente científicos según la mentalidad de la época. De esta manera, el automatismo, la estupidez y la inferioridad que el autor destaca como adjetivos aplicados al indio primero por los ilustrados y posteriormente por los criollos, se unen pronto al salvajismo que se le achaca como consecuencia de la rebelión tupamarista.

A continuación, el texto se ocupa de la figura del indio en la mentalidad de las elites peruanas tras la Independencia, en la que se ha instalado la imagen descrita del indio como autómatas, estúpido e inferior y, al mismo tiempo, salvaje. Sin embargo, la

mencionada supuesta inferioridad entra en contradicción con el principio liberal de igualdad defendido por las elites de las nuevas naciones e incluso en las Cortes de Cádiz. Asimismo, se analizan las ideas de Simón Bolívar y José de San Martín sobre la cuestión central de que este libro se ocupa: el indio, así como las de las elites limeñas. Estas ideas van desde la visión del indio como «buen salvaje» de Bolívar hasta el rechazo absoluto por parte de las elites de la capital. Por su parte, los intelectuales y políticos peruanos se posicionan en distintos lugares respecto al tema. Algunos, como Laredo e Yzaguirre, con el pretexto de defenderlo, propugnan la integración a través de la occidentalización y la consiguiente destrucción de la cultura indígena; otros, como Bartolomé Herrera, sumamente influyente en el conservadurismo peruano, alegan a favor de la idea del indio como racialmente inferior, como siervo por naturaleza; por último, los liberales, como los hermanos Gálvez, que afirman defender al indio, proponen para ello medidas protectoras, paternalistas, que finalmente suponen un argumento más a favor de la inferioridad natural del indio. Como excepción a ello, Santiago Távara habla también de degradación indígena, pero causada por la antigua servidumbre a que el indígena ha estado sometido.

Manuel Andrés sigue adelante con el recorrido por el tema indio en el ideario de políticos e intelectuales peruanos a lo largo de los siglos XVIII y XIX tratando la cuestión india en los primeros gobiernos civiles. Afirma el autor que en ellos sólo se le defiende desde el campo parlamentario y desde el literario, mientras que es considerado exclusivamente como mano de obra barata por el resto de sectores sociales y políticos. Desde el ámbito parlamentario, se destaca la figura de Juan Bustamante, pionero en presentar ante el Congreso denuncias de gamonalismo y promotor de la primera asociación criolla de ayuda al indio: la Sociedad Amiga del Indio. Y, desde el ámbito literario, se subraya la acción de la Revista de Lima en lo que se refiere a la denuncia de abusos al indígena, aunque las soluciones propuestas se sitúan en la línea de la atracción de inmigración europea y consecuente blanqueamiento de la población. Tras ello, se aborda en el texto la participación de los indígenas en la Guerra del Pacífico. Dicha guerra contra Chile provocaría una disputa historiográfica acerca de si prevalecieron las disputas interétnicas sobre el posicionamiento nacional unido frente a los chilenos o si, por el contrario, se formó una suerte de nacionalismo peruano frente al invasor, que sólo se rompió y degeneró en conflictividad racial al final de la contienda. Lo que queda claro es que la guerra trajo consigo una fuerte fractura social y grupos oligárquicos y grupos subordinados se enfrentaron duramente.

Por último, Manuel Andrés García se ocupa de temas como la instrumentación política del indio en las luchas por el poder con Piérola y la rebelión de Huanta; el darwinismo social y la intelectualidad, así como sus debates y especulaciones sobre la jerarquización de las razas; y el indigenismo literario finisecular, que el autor centra en la figura de Clorinda Matto de Turner. Andrés destaca el aspecto ideológico de fin del siglo XIX, al que denomina «instrumentalización política del indígena», que, aunque considera que ha estado presente a lo largo de todo el siglo, a finales del mismo toma mayor fuerza con el positivismo. En este contexto, el intelectual argentino Domingo Facundo Sarmiento promulga sus ideas acerca de la superioridad de la raza blanca,

siendo secundado por Ricardo Palma en Perú. Por su parte, Sarmiento es replicado por José Martí a nivel continental y por Manuel González Prada a escala nacional. Éste retomaría las ideas de Martí sobre la educación y la «justicia laboral» como medios de redención del indio. Bajo la influencia de González Prada nació una generación literaria e intelectual que se ocupó de la defensa del indio. Entre ellos, destaca Clorinda Matto de Turner, autora de una de las más importantes novelas indigenistas del siglo XIX, *Aves sin nido*. Ya en el siglo XX, diversos autores, como Riva Agüero o Balaúnde, buscan las raíces de la peruanidad, y destacan el papel de la sierra y de la civilización de los Incas, pero al indio contemporáneo no le dan otro rol, dice Manuel Andrés, que el de «músculo del progreso». De este modo, el indio, así como el mestizo, queda fuera de la nación peruana, que se reserva para los criollos y la «emigración del desarrollo».

Para terminar, merece la pena destacar a modo de conclusión dos ideas que recorren este libro, que constituye una importante contribución a la historia de las ideas en un tema muy relevante, como es el discurso intelectual y político sobre los indígenas, y escasamente trabajado hasta este momento. Estas ideas, que permanecen según el autor vigentes durante todo el lapso temporal revisado, son: la concepción del indio como mano de obra barata por parte de las elites peruanas y la «instrumentalización política del indígena» por parte de las mismas elites.

Eva SANZ JARA
Instituto de Estudios Latinoamericanos
Universidad de Alcalá

BAUER, Arnold J., *The Search for the Codex Cardona. On the trail of a Sixteenth-Century American Treasure*, Durham y Londres, Duke University Press, 2009, 181 pp.

Sentado frente a sus alumnos, el Profesor Bauer recordaría aquella tarde en que uno de sus colegas lo llevó a conocer el Códice Cardona. Aunque fácilmente reconocible, esta frase nos permite introducir el más reciente trabajo de Arnold Bauer en la atmósfera de «realismo mágico» que está presente en todas sus páginas. En buena cuenta, el libro es la historia personal de una obsesión: la del autor por un documento que apenas vio por unas horas y al que perseguirá por casi la tercera parte de su vida a través de librerías, casas de remate, bibliotecas, laboratorios, notarías y el internet. La búsqueda también llevará al autor por ciudades como Londres, Ciudad de México, San Francisco, Sevilla y Nueva York, con el único propósito de averiguar de dónde provino un texto que había estado circulando por lo menos desde 1982 y que actualmente ha desaparecido con el mismo misterio con el que salió a la luz.

El documento en cuestión bien justifica la dedicación que el autor le ha dedicado por casi veinticinco años. Según Bauer, el Códice Cardona habría sido producido entre 1550 ó 1560 bajo la severa mirada de un tal Capitán Cardona, quien habría recibido el

encargo directamente de una autoridad superior. En su medio millar de páginas, ilustradas con el detalle y la maestría que caracterizó a los artistas nahuas, es posible apreciar información detallada sobre la vida cotidiana durante los difíciles años del fin del imperio azteca y el asentamiento español en México. Un mapa de la capital azteca transformada en un occidentalizado centro urbano en el Nuevo Mundo es quizás la parte más inquietante de esta obra, ya que se trataría del primer mapa conocido de esa ciudad.

Lo fascinante del códice es que en un momento determinado uno se siente atrapado más por la información que contiene que por determinar si es verdadero o una fina obra de falsificación contemporánea. Por supuesto, las hipótesis sobre esta última posibilidad no escasean: desde un trabajo en conjunto elaborado por algún académico con un grupo de aventajados estudiantes hasta algún coleccionista ávido de obtener un buen dinero por la venta de un documento de esa naturaleza. Por otro lado, según la pesquisa de Bauer, el códice tiene un recorrido que va desde el siglo XVI hasta nuestros días, en los que estuvo exhibido o fue sujeto a pruebas en laboratorios, y que incluye en su lista de eventuales propietarios a personajes como Blanco White.

Esta permanente sospecha sobre la autenticidad del códice que recorre el libro me permite profundizar en dos temas abordados en la obra. Uno de ellos es la metodología empleada. Al ir tras el códice en cuestión, Bauer confronta información, la contrasta y desconfía de sus informantes, y todo esto en un proceso que parece interminable. En este sentido, el Códice Cardona constituye un desafío para la metodología a la que estamos acostumbrados a invocar cuando se trata de verificar la autenticidad de una fuente. Y si bien es cierto que nuevas tecnologías como la datación por carbono son muy útiles a la hora de fechar un documento, es finalmente la pericia del historiador al hacer preguntas sobre el contexto de la obra, los responsables en su redacción o los destinatarios, la que determina la veracidad o no de una obra en particular.

Un segundo tema que se desprende del libro es el del patrimonio cultural. Bauer llama la atención sobre la facilidad con la que los documentos antiguos pueden salir del país y llegar a manos de quienes los cambian por dinero en efectivo. Textos similares a los códices habrían estado en manos de las mismas comunidades campesinas, las cuales los atesoraban como parte del legado que sus ancestros les habían dejado. Pero he aquí que en ocasiones les eran arrebatados por funcionarios del Gobierno o por sujetos inescrupulosos, llevándose con ello parte del sustento moral de la comunidad. Bauer es enfático al señalar cómo las instituciones educativas y culturales alientan este circuito comercial, al sopesar el beneficio que estas colecciones pueden reportarles al utilizarlas para fines académicos o al exhibirlas al público.

En los últimos años se ha desarrollado una fuerte corriente de reclamo de parte de aquellos países cuyos bienes fueron extraídos o saqueados en algún momento. Por ejemplo, los maoríes de Nueva Zelanda han reclamado que los restos de sus ancestros, que se encuentran exhibidos en museos en todo el mundo, sean devueltos a su lugar de origen, una petición que ha encontrado eco en Francia, cuyo Parlamento ha aceptado devolver dieciséis cabezas momificadas que el Museo Quai Branely de París guardaba en su depósito. También podemos citar el caso de Egipto, que se encuentra en tensas negociaciones con el Museo Británico a raíz del pedido de devolución de la

Piedra Rosetta, obtenida por Gran Bretaña en 1801 como trofeo de guerra. Sin ir muy lejos, la Universidad de Yale mantiene un litigio con el Gobierno peruano por las piezas extraídas de Machu Picchu hace casi un siglo.

En su gran mayoría, estas piezas son parte de un circuito internacional que incluye tanto traficantes de cuello y corbata como de los otros. Lo peculiar (e irritante) de esta situación es la justificación esgrimida al momento de comercializar estas obras de arte, ya que estos *merchants* señalan que su intención es salvar estas piezas de un destino peor, como ser destruidas por grupos terroristas o miembros de la comunidad evangélica en el Perú y México, respectivamente, según el testimonio de uno de estos comerciantes de arte mencionados en el libro.

La estrategia narrativa del libro no debe ser pasada por alto, ya que son pocas las veces en la que un trabajo académico es respaldado por una trama que escapa a la estructura convencional. En pasajes que recuerdan a *El Péndulo de Foucault* de Umberto Eco o *El Club Dumas* de Arturo Pérez Reverte, Bauer logra que los planos sobre los cuales está construida la narración logren entretenerse en momentos determinados, brindando así la sensación de estar, no ante una monografía erudita, sino frente a una novela de detectives, en la que el lector es empujado a participar en la persecución personal del autor. *The Search for the Codex Cardona* es un libro excepcional, a medio camino entre una bitácora personal y una investigación académica, por lo que constituye una bocanada de aire fresco en medio de los libros que uno acostumbra a tener sobre su escritorio.

No es muy agradable saber que probablemente nunca más volveremos a saber del Códice Cardona. Sin embargo, el libro de Bauer nos brinda el consuelo de saber que éste alguna vez circuló y que unos cuantos afortunados pudieron tenerlo frente a sus ojos.

José RAGAS
University of California, Davis

GONZÁLEZ-RIPOLL, María Dolores e Izaskum ÁLVAREZ CUARTERO (eds.), *Francisco Arango y la invención de la Cuba azucarera*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2009, 336 pp.

Obviamente, ya se han dedicado numerosos estudios a la figura de Francisco de Arango y Parreño y al papel central del azúcar en la historia colonial de Cuba. No obstante, el libro objeto de la reseña que viene a continuación, titulado *Francisco de Arango y Parreño y la invención de la Cuba azucarera*, pretende proporcionar nuevos elementos de análisis y revisar ciertas afirmaciones expuestas por la historiografía tradicional. Esta obra compilada por M.^a Dolores González-Ripoll e Izaskun Álvarez Cuartero, ambas especialistas destacadas de la Cuba colonial, reúne veinte estudios (además del prólogo y de la introducción), redactados en español, inglés y portugués, y realizados por algunos de los investigadores más expertos en la materia, al lado de historiadores

más jóvenes aunque muy prometedores. Esta obra colectiva, que se propone renovar el contenido de los debates, no tiene por objeto rechazar en bloque el conjunto de las conclusiones comúnmente aceptadas, sino matizar su alcance, cuando su base se juzga en parte admisible, y criticarlo con más fuerza cuando los autores lo consideran erróneo.

En el prólogo, que corre a cargo de Allan J. Kuethe (pp. 11-14), se exponen las problemáticas e intenciones de la obra: se trata de socavar la dimensión casi religiosa de Francisco de Arango y Parreño, descrito por una larga tradición historiográfica como «un profeta y un apóstol» del progreso económico y del *boom* azucarero cubano. Los trabajos que componen este volumen se inscriben en una nueva corriente de investigación y tienen la intención de deconstruir los mitos que rodean la figura del ilustre habanero, a menudo tomando como punto de partida los diferentes aspectos de su vida, su lugar en la sociedad, sus relaciones y su pensamiento político con el fin, muchas veces, de apartarse mejor de él.

La difícil tarea de sentar las bases de este trabajo colectivo incumbe naturalmente a las dos editoras, quienes, en una excelente introducción que por sí misma cobra valor de estudio, «Francisco de Arango o el valor del contexto», seguida de una bibliografía sobre Arango (pp. 15-26), ofrecen cierto número de pistas para acercarse al pensamiento del que fue, a decir de las autoras, un hombre de redes, un pragmático, un ideólogo y un mediador al servicio de la élite habanera y que se definía como un «español americano» para especificar a las claras su apego a la Península. El contexto en cuestión es el que se sitúa alrededor de las fechas de nacimiento y de muerte de Arango (1765-1837): desde el final de la ocupación de La Habana por Gran Bretaña (1763) —y de las reformas borbónicas que siguieron—, hasta su muerte, en 1837, poco después de la expulsión de los diputados de Cuba, Puerto Rico y Filipinas en las Cortes. Figura de transición del Antiguo Régimen al liberalismo y principal portavoz de la clase de los plantadores azucareros, Arango jugó particularmente un papel —efectivo o simbólico, según los enfoques— en la liberalización del comercio de esclavos en 1789 así como en otros ámbitos relacionados con la economía, la política, la educación y la ciencia.

El trabajo de Consuelo Naranjo Orovi, «Cuba, una isla impregnada de guarapo» (pp. 27-40), impresiona por su espíritu de síntesis y la agudeza de su análisis. Naranjo comienza por explicar el rol clave del azúcar en la historia cubana. El guarapo, este dulce jugo que se extrae de la caña, también se asocia amargamente con la esclavitud. El binomio azúcar-esclavos, explica Naranjo, hizo las veces de pilar del poder de los hacendados y de la metrópoli y fue garante del «pacto colonial». Al negarse a sucumbir a la potencia todopoderosa del «dulce», la autora comenta que otros productos, otros tipos de cultivos, generaron también modelos socioeconómicos distintos, así como discursos de índole diferente. Precisamente por este punto se articula la problemática de dicho estudio. Las historias elaboradas antes del famoso *boom* azucarero son tantos testimonios globalizantes que se alejan del esquema habanero-matancero y simbolizan la expresión del arraigo a una tierra, a una localidad. Estos textos, que permiten a los criollos «narrarse a sí mismos», según Naranjo, representan una verdadera empresa patriótica a decir de José Antonio Saco. El autor de la *Historia de la esclavitud*, a diferencia de su predecesor Arango, que se consideraba, como se ha dicho, «es-

pañol americano», llamaba por su parte a los blancos nacidos en América «criollos». El mundo de la plantación era el polo opuesto al imaginado por los reformistas de Cuba que se concentraban en valorar la dimensión bucólica de los guajiros y del café, la cual contrastaba tanto con las realidades socioeconómicas construidas a expensas de la sangre esclava sacrificada en aras del cañaveral. Ante el anacronismo de los reformistas, concluye Naranjo, el azúcar se impuso como el elemento básico de la nación y de la patria cubana, en ciertos aspectos hasta el día de hoy.

Con frecuencia, la historiografía ha enfatizado —con razón— el impacto de la revolución de Saint Domingue para explicar ciertos rasgos del pensamiento de Arango y Parreño y ha dejado de lado otros espacios cuya perspectiva comparatista resulta sin embargo esencial para entender la reflexión del patricio habanero. El propósito de Rafael de Bivar Marquese, en su notable artículo titulado «Comparando impérios: o lugar do Brasil no projeto escravista de Francisco de Arango y Parreño» (pp. 67-84), reside precisamente en el examen de las referencias a Brasil en los textos de Arango, en concreto, en lo que respecta a la cuestión esclavista. Como lo subraya muy bien el autor, muchos puntos comunes unen Brasil y Cuba en el siglo XIX. Sus historias se caracterizan paralelamente por el recurso masivo a la trata transatlántica, que hará de estos dos territorios los mayores productores de azúcar y de café en el mundo. Tanto los esclavistas de Brasil como los de Cuba sufren, a principios del siglo XIX, una fuerte presión de Gran Bretaña para poner término al tráfico negrero. El imperio de Brasil y la colonia española de Cuba comparten además una experiencia política y constitucional relativamente similar. En este contexto Arango no se equivoca al comparar los dos imperios ultramarinos y sus sistemas esclavistas respectivos. Bivar Marquese muestra bien la razón de tal comparación: la crisis del sistema atlántico se manifiesta de modo diferente en Brasil. La huida de la familia real portuguesa a América, como respuesta a la invasión napoleónica de 1808, y el hecho de elevar Brasil al rango de Reino Unido a Portugal en 1815, demostraban que era posible conservar la trata de esclavos, promover el libre comercio y evitar las perturbaciones derivadas del derrumbe del sistema imperial. La lectura de la solución luso-brasileña se impone, en consecuencia, como una de las claves para comprender mejor los matices de la reflexión de Arango en cuanto a la esclavitud.

El auge del sistema esclavista y azucarero cubano se debe también a una reflexión constante, durante el siglo XIX, sobre la reorganización de la relación con la tierra, el trabajo y la tecnología. En un estudio con vistas a explicar la adaptabilidad del régimen esclavista cubano, «The invention of the Cuban sugarmill: space, time and labor management, 1820-1860» (pp. 133-149), Dale Tomich analiza brillantemente este fenómeno mediante un examen de la evolución de los discursos relativos a la gestión de la plantación y del trabajo esclavo. Hasta el siglo XIX, expone Tomich, dichos discursos se organizaban según el concepto de *gobernar* y respondían a los deberes recíprocos entre amos y esclavos. No obstante, en el contexto de una economía mundial en rápido cambio, estos discursos serán reinterpretados, destacando el protagonismo prestado a la gestión del trabajo, el aumento de la productividad de la mano de obra; en resumidas cuentas, la eficiencia del ingenio, en adelante considerado como una verdadera empresa productiva. En palabras de Tomich, Arango sería el primero en ha-

ber modificado el concepto de *governar* para promover la eficiencia productiva en la plantación cubana. En su «Discurso sobre la agricultura de La Habana y medios de fomentarla» [1793], refiriéndose a los esclavos, preconiza un *método de gobernarlos económicamente*. A partir de esta génesis, Tomich analiza una serie de escritos —que se podrían calificar de «Manuales» a la atención de los hacendados— que permiten dar cuenta de la evolución de las prácticas ligadas a la administración de los esclavos, quienes, desde entonces, no se consideran bajo el prisma de la responsabilidad moral hacia personas a cargo, sino más bien desde la doble perspectiva del cálculo económico y del control social. La aparición de estos nuevos discursos de gestión establece una distinción entre la dominación de los esclavos como propiedad y sus actividades como trabajadores. Los manuales de los plantadores, a lo largo del siglo XIX, hacen alarde de una reinterpretación continua del *método de gobernarlos económicamente* de Arango. Estas nuevas concepciones permiten entender mejor el camino seguido por el ingenio cubano y su dominación de la producción mundial, todo ello pese al mantenimiento —no del todo anacrónico— del sistema esclavista.

Francisco de Arango y Parreño estaría en el origen de todas las reformas acaecidas en Cuba a finales del siglo XVIII y principios del XIX y sería el padre de la *cubanidad*. Así lo presenta por lo menos una larga tradición historiográfica, o deberíamos decir hagiográfica, según la fórmula de José A. Piqueras. En uno de los estudios más destacados de esta obra colectiva, «Los amigos de Arango en la Corte de Carlos IV» (pp. 151-166), Piqueras se esfuerza en deconstruir, de modo muy convincente, una serie de mitos alrededor de la figura de Arango. Centrado en la primera etapa de la existencia pública de Arango, durante su presencia en España entre 1787 y 1794, el presente artículo muestra la facultad del habanero para tomar apoyo en cierto número de reformas en gestación desde hacía muchos años, incluso décadas, en la Península. La formidable eficacia política de Arango, su papel determinante en la adopción de medidas de mayor importancia, habrían sido sobrevaloradas y tan sólo serían el fruto del beneficio de una coyuntura favorable. En efecto, subraya Piqueras, los cambios que se producían desde mediados del siglo XVIII en el terreno de la administración de las colonias, habrían facilitado la aprobación de sus proyectos, limitándose su papel, a veces, a «servir de instrumento de las iniciativas de los secretarios reales». Piqueras muestra con mucha perspicacia que Arango no estuvo en el origen del libre comercio ni de la introducción de los esclavos. Estas «soluciones» habían sido planeadas y planteadas mucho antes que él por algunos hombres políticos a imagen de Pedro Rodríguez de Campomanes y sólo «aguardaban ser llevadas a la práctica». Piqueras llega a la conclusión de que es la predisposición de un sector de los funcionarios reales que coadyuvaba desde hacía decenios a reformar el comercio colonial, lo que explica, entre otras medidas, la adopción, a primera vista tan fácil, de poner fin a tres siglos de asiento en tan sólo tres semanas «a consecuencia» del «Papel sobre el comercio de negros» publicado por Arango en 1789.

Lejos de la Corte, el sistema esclavista generaba debates y tensiones, también y sobre todo en Cuba, y no sólo en la zona sacaro-esclavista de La Habana-Matanzas, entre dueños y esclavos. Tal es el objeto del trabajo de José Luis Belmonte Postigo, «Fomentando el azúcar y el café, temiendo a los esclavos. Espacios de negociación en el siste-

ma esclavista de Santiago de Cuba, 1780-1803» (pp. 261-276), que se propone analizar la problemática desde la perspectiva del esclavo. Demasiado raros son los estudios que conceden el primer papel a los esclavos y les consideran como auténticos actores y no sólo como meros sujetos pasivos. Belmonte Postigo vela por situar las acciones de los esclavos en el contexto de un sistema esclavista a la mecánica represiva bien engrasada. Basándose en documentos legales que emanan de fuentes notariales del Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba, el autor esboza el espacio de negociación complejo del que ciertos esclavos —y libres «de color»— llegaron a sacar partido para interactuar con su medio social. En el marco de la coyuntura particular de la mayor ciudad del oriente cubano, tan cerca de la isla vecina que iba a ser el escenario de una de las revoluciones más radicales de la Historia, el sistema esclavista santiaguero se esforzó en preservar e incluso en intensificar «los mecanismos de negociación que rigieron las relaciones amo-esclavo», dice Belmonte Postigo. Esta actitud constituía una respuesta de otro tipo, al lado de las tradicionales reformas institucionales esencialmente orientadas hacia la represión. La aparente contradicción de las respuestas propuestas por el sistema esclavista cubano durante tiempos inciertos, pone en realidad al día su complejidad. A imagen de la política llamada del «buen trato» de la que Arango fue un partidario tardío, la preocupación por la seguridad impulsó a los propietarios a adoptar medidas inesperadas, apenas destacadas por la historiografía tradicional.

Los estudios que componen *Francisco Arango y la invención de la Cuba azucarrera*, debido a su riqueza y variedad, impiden entregarse a los comentarios sistemáticos que merecerían. Los trabajos que no han sido mencionados¹, se esmeran en analizar el

¹ Jamie Holeman, «“A peculiar character of mildness”: The image of a humane slavery in nineteenth-century Cuba» (pp. 41-54); Leida Fernández Prieto, «Crónica de una Cuba azucarrera» (pp. 55-65); Mercedes García Rodríguez, «De productores empíricos a hacendados ilustrados. El mundo del azúcar que precedió a Francisco de Arango y Parreño» (pp. 85-104); Ada Ferrer, «El mundo cubano del azúcar frente a la revolución haitiana» (pp. 105-116); Emma Dunia Vidal Prades, «Coyunturas favorables de relación entre la Intendencia y el Real Consulado en el fomento de la mano de obra esclava para la agricultura entre 1790-1804» (pp. 117-131); Josef Opatrný, «La patria de Francisco de Arango y Parreño» (pp. 167-177); Manuel Hernández González, «El liberalismo criollo cubano ante las reformas liberales y la cuestión nacional: José Arango y Núñez del Castillo, de sus orígenes ilustrados a la guerra de la independencia en España» (pp. 179-191); Sherry Johnson, «From authority to impotence: Arango's adversaries and their fall from power during the constitutional period (1808-1823)» (pp. 193-211); Dominique Goncalvès, «Francisco de Arango y Parreño o la libertad más allá de la sacarocracia» (pp. 213-227); Alfonso W. Quiroz, «Cambio en Güines en la era de Arango y Humboldt» (pp. 229-243); Michael Zeuske, «Arango y Humboldt / Humboldt y Arango. Ensayos científicos sobre la esclavitud» (pp. 245-260); Vicent Sanz Rozalén, «Arango y el mundo del tabaco: estanco, reforma y abolición» (pp. 277-287); Manuel Barcia, «El conde de Villanueva y la alternativa de la Cuba Grande: una aproximación a la labor de Claudio Martínez de Pinillos al frente de la Intendencia de Hacienda de la isla de Cuba, 1825-1851» (pp. 289-299); Armando García González, «Francisco de Arango y Parreño y la modernización de la enseñanza científica en Cuba» (pp. 301-324); Miguel Ángel Puig-Samper, «Un Edén ilustrado bajo el cielo de los trópicos» (pp. 325-336).

contexto político, económico y social que permitió el surgimiento y el desarrollo de la Cuba azucarera, tomando como marco referencial la figura de Francisco de Arango y Parreño, principal representante e ideólogo de los hacendados de Cuba y en particular de La Habana. Si *Arango* y el *Azúcar* se encuentran a menudo al inicio de los estudios, éstos se desarrollan igualmente fuera del campo de acción de este binomio, aunque su sombra pueda planear con más o menos intensidad. El hecho de que estas dos «figuras conceptuales» hagan algunas veces de zócalo y otras de pivote, permite ofrecer nuevas perspectivas de finales del siglo XVIII y primeras décadas del XIX.

El libro comentado se caracteriza por un gran rigor científico, como lo demuestra el recurso a fuentes de primera mano, a veces inéditas, así como a las publicaciones más recientes sobre el tema. Este trabajo innovador, que agrupa a algunos de los mejores especialistas de la historia colonial de Cuba, se encomienda de las nuevas corrientes metodológicas interdisciplinarias y procedentes de distintas latitudes. *Francisco de Arango y Parreño y la invención de la Cuba azucarera* constituye una contribución conspicua que se impondrá, sin que quepa la menor duda, como una referencia obligatoria para cualquier estudioso deseoso de mantenerse al día de los últimos aportes metodológicos y de perfeccionar sus conocimientos sobre un periodo clave y complejo de la historia colonial de la Perla de las Antillas.

Karim GHORBAL
Instituto Superior de Ciencias Humanas de Túnez
Becario Postdoctoral de la Casa de Velázquez